

OPINION - OPINION - OPINION - OPINION - OPINION - OPINION

GUTIERREZ MELLADO

El relevo en la Vicepresidencia primera para Asuntos de la Defensa ocupa, lógicamente, los primeros espacios de la atención del país. Se trata de un puesto de suma responsabilidad, en la cabeza de la institución más enraizada en el pueblo español y que, si por algo se caracteriza, es por su entreg, por su imparcialidad ante las opciones concretas de Gobierno, y por ser garantía del Estado de Derecho, de unidad de la Patria y defensa de la paz.

Se marcha, a petición propia, el teniente general don Fernando de Santiago y Díaz de Mendivil, un hombre que ha prestado muy valiosos servicios a su Patria y a su Rey, siguiendo los dictámenes de su conciencia. En el momento de su despedida merece el respeto, el saludo y la gratitud que, como españoles, debemos a quien nos ha servido con lealtad. Llega a la Vicepresidencia el teniente general don Manuel Gutiérrez Mellado, un hombre de amplia preparación humana y técnica y que goza, igualmente, de gran prestigio no sólo dentro del Ejército español sino en toda la sociedad.

A la hora de enjuiciar la noticia —de la que nos apresuramos a decir que es normal dentro de la mecánica de Gobierno— debemos lamentar que, sin medir con exactitud las palabras, se pueda llegar a una manipulación del sentido del cambio en la Vicepresidencia y se inquiete a la opinión nacional, induciendo a creer que ha podido producirse alguna fractura en la unidad de las Fuerzas Armadas.

Si es cierto que sus componentes, como seres humanos, pueden tener lícitamente y a título personal inclinaciones concretas, no lo es menos que el Ejército, su presencia en la actual hora de España y el mandato que le atribuye la Constitución, no puede medirse por la sustitución de un hombre. Las Fuerzas Armadas, venturosamente para la nación, constituyen una gran unidad. Su lealtad, sus servicios y sus responsabilidades no están vinculadas directamente a ningún nombre, sino a su existencia como Institución. Cualesquiera que sean los relevos o cambios de personas no alteran en absoluto su naturaleza, sus servicios, ni sus trascendentales misiones patrióticas.

En esta unidad y misión del Ejército tiene depositada su confianza el pueblo español. Y esta confianza tiene un aval de origen que el destino de España está y seguirá estando en las mismas manos en que estaba. Se marcha un hombre acreedor al máximo respeto de la sociedad. Le sucede otro hombre que repetidas veces habló de las misiones de las Fuerzas Armadas. En este sentido, no hay ni una sola diferencia entre ambos. Hay, en cambio, la gran coincidencia de un criterio básico: el Ejército sigue haciendo del servicio al país su norma, su guía y la justificación de su existencia.

HAGASE EL MILAGRO

ANTE EL COMIENZO DEL AÑO POLÍTICO (1)

Félix Villameriel, licenciado en Ciencias Políticas, profesor encargado de curso en la Universidad Complutense. Es miembro del Partido Socialista Obrero Español y del equipo Jaime Vera, constituido en 1974, formado por economistas, sociólogos y juristas de orientación socialista. En una serie de artículos hace una revisión de la actualidad política española. Los artículos reflejan, obviamente, la opinión de su autor.

SABEMOS que el año político que comienza —está claro que la vida política lleva el mismo ritmo que la vida escolar— será un año político nada ordinario. Simplemente con que el programa oficialmente previsto sea efectivamente desarrollado tendremos que al culminar dicho año político, allá por junio de 1977, España habrá conseguido, con la elección por sufragio universal de una Cámara de representantes necesariamente dotada de facultades constituyentes (lo estaría en cualquier caso, pero con más razón si, como todo parece indicarlo, el objetivo esencial del proyectado referéndum es que el pueblo español se pronuncie sobre si quiere que se elijan por sufragio general y directo unas Cortes con facultad para modificar la Constitución), nada menos que el reingresar en la nómina de las naciones democráticas, tras cuarenta años de lo que por referencia al modelo democrático tenemos que considerar como «estado de excepción». Alrededor de ese programa previsto, y, en términos más am-



plios, del previsible proceso político en el que vamos a estar inmersos todos los españoles, quisiera ofrecer algunas consideraciones y proposiciones como aportación al debate político general, debate que irá permitiendo una creciente clarificación de la vida política española.

La saludable clarificación que comienza a producirse en el panorama político español —demasiado enmarañado aún bajo la ficción de dos bloques irreconciliables, antitesis de un pluralismo democrático sano— no viene sin que en algún momento sea causa de justo asombro. Porque asombra es la manera en que se permiten manifestarse acerca de los problemas políticos españoles ciertos personajes que figuran en reuniones y organismos como investidos de no sé qué representatividad. Claro está que convendría que nos acostumbráramos a considerar tanta pretendida representatividad entre paréntesis hasta el momento que sea acreditada en unas elecciones, o al menos con un censo de afiliados. En concreto —el caso es de los más expresivos— me ha causado estupefacción la lectura de las recientes manifestaciones efectuadas a un periodista del diario «Ya», aparecidas en la edición de dicho diario el pasado día 5, por el señor García Trevijano, presidente del Grupo Demócrata Independiente integrado en Coordinación Democrática. En ellas, dicho señor, aparte de instruir al lector sobre que «en España» no existe una posibilidad mayor de gobernar más a la derchea que la que existe en estos momentos», afirma que «mientras los españoles estén en sus conciencias políticas no necesitan elecciones, sino libertades» (sic; el subrayado es mío), e igualmente «aquellos que, desde el Gobierno o desde la oposición, defiendan las elecciones, lo que desean es que el pueblo no sea responsable políticamente». Ante tales manifestaciones, uno se pregunta cuál será el tipo de libertades que puede ejercer un pueblo cuando no elige a sus legisladores y sus gobernantes. A la espera de que el señor García Trevijano imbuya a los españoles la conciencia política, ya pueden éstos ir asimilando la primera, y sin duda inesperada, lección de que la libertad es posible en las sociedades en que no se celebran elecciones. Manifestaciones como la que nos acaba de ofrecer el señor García Trevijano no avalan, precisamente, su pretensión de erigirse en uno de los mentores de la nueva democracia es.

«Lo previsto» y «lo imprevisto». —Tomo de nuevo el hilo del tema con que he comenzado estas consideraciones, el tema de «lo previsto», lo cual me exige la referencia, como fondo o contraste, a «lo imprevisto» (pero que puede surgir).

Pues bien, en relación con la cuestión apuntada, mi primera afirmación es que lo mejor para el país es que suceda lo oficialmente previsto, ya que lo oficialmente previsto es ni más ni menos que la democracia. El contraste con esta primera posibilidad considerada, esto es, la implantación de una democracia estable querida y promovida desde las instancias oficiales, los posibles «imprevistos» más importantes son, a mi modo de ver, dos: el «pinchetazo primavera», o temprano, y el «pinchetazo otoño», o diferido consecuentemente a un largo y muy caliente verano; quiero decir, a varios años de disolución de la convivencia nacional en forma semejante al proceso seguido en Argentina, por citar uno de los casos más recientes e ilustrativos. Sin duda, un «spinolazo» resulta en nuestras coordenadas bastante utópico; sin que ello signifique que en el caso de que fuera factible debiéramos considerarlo deseable.

Quien esté mínimamente informado de la cuestión sabe que el estamento militar español, particularmente en sus niveles más responsables, contempla los problemas nacionales con una gran dosis de objetividad y de serenidad y que al mismo tiempo posee un profundo sentido de lo institucional, por lo que sería hacerle injuria el atribuirle veleidades «golpistas» más propias de latitudes subdesarrolladas o del tiempo decimonónico (que también en nuestro país, aunque tarde, terminó) que de la España modernizada del último cuarto del siglo XX. Sin embargo, las condiciones objetivas y subjetivas del intervencionismo militar, ahora inexistentes, podrían ser creadas; con tiempo, esfuerzo y perseverante obstrucción a las soluciones constructivas. Lo que, en cambio, parece necesario descartar, conocido el estado de espíritu del Ejército, es el proyecto consistente en abortar el reformismo provocando el «pinchetazo primavera» mediante la táctica infantil de ponerlos nerviosos jugando de farol.

Pero, ¿cuál es la previsión de la oposición? La verdad es que la llamada oposición es demasiado heterogénea para elaborar como tal la previsión de un proceso político —menos aún, una estrategia— y se define más bien por una aspiración: la democracia. Por ello resultaría incoherente, especialmente por parte de aquellos sectores de la oposición cuya entidad no es meramente coyuntural, optar por encastillarse en la postura de buscar ante todo el fracaso del Gobierno, en lugar de favorecer el que éste realice su proyecto de implantar la democracia. En este punto el maestro Aranguren ha indicado la actitud correcta con una fórmula relampagueante: «hagase el milagro, hagalo el diablo».

Claro está que desde el campo opositor se puede ser escéptico en cuanto a la intención democratizadora del Gobierno, o bien en cuanto a la posibilidad de que el mismo pueda llevar adelante la realización de tal intención democratizadora. En último término, es la vieja cuestión de si es posible que nuestro sistema político autoritario evolucione hacia la democracia. La cuestión es discutible, pero difícilmente resoluble en el terreno de la discusión, pues de lo que trata es precisamente de experimentar dicha posibilidad aunque haya que señalar que lo ya andado se sale ampliamente de la cuenta de lo que tiempos se consideró posible. Reflexionemos: la evolución hacia la democracia, lo que se ha denominado la reforma democrática del sistema político, se puede no creer en ella, lo que no se puede —llamándose demócrata— es no quererla. Sería incoherente e inmoral.

Dando por sentado que el establecer como pieza básica de las instituciones políticas una Cámara elegida por sufragio general a través de los partidos es establecer la democracia (quien tenga otro concepto de la democracia se sitúa en unos presupuestos ajenos al tema que me ocupa), está claro, aunque algunos no quieran verlo, que el Gobierno propone, bajo los auspicios del Rey, establecer la democracia en España. Ningún otro sentido puede tener el anuncio de convocatoria de elecciones generales a celebrarse antes del 30 de junio de 1977. Quienes pudieran sentirse inclinados a minimizar la importancia de esa decisión de convocar elecciones generales, deberían tener en cuenta que se trata de algo que desde hace décadas no se produce en España, ni, por supuesto, en países como la Unión Soviética o Polonia, por tener en cuenta otros elementos de comparación útiles a este respecto.

(CONTINUARA)

FELIX VILLAMERIEL

LAS CLAVES LA FALANGE (y2)

REFIRIENDOSE a la situación de la Falange en los más inmediatos años pasados, alguien dijo, y la frase hizo fortuna, que «estaba en situación grupuscular». Otra personalidad autorizada adelantó que estaba en «estado gaseoso». De aquella situación o aquel estado a esta realidad de hoy, con demandas de legalización del nombre ante las ventanillas administrativas, va una cierta diferencia, por más que, efectivamente, aún existan grupos. Pero en tal número y con tal cohesión interna en cada uno de ellos que

no autorizan a la presunción de un estado grupuscular, aún cuando sí fragmentario.

El proceso de integración que va del estado gaseoso o del estado de grupúsculos al de hoy, parece autorizar la esperanza de una consolidación más decisiva y más compacta. Acaso quedará insolidario y arisco algún sector, que mantendrá enhiesto su afán de distinción y de pervivencia. Son consecuencias lógicas, por lo demás, de todo proceso integrador.

No es pues, la actual fragmentación el peligro histórico que puede herir más grave y

directamente a los falangistas de hoy, sino la dirección que vaya a tomar la Falange después de que haya logrado reivindicar su nombre y su identidad.

Tres peligros aparecen como muy posibles. Hace más de dos años escribí yo: «quisiera la derecha española (—) que la Falange se cristallizara (—) en un partido. Y, pese a ciertos aparentes escrúpulos más dialécticos que efectivos, que tal partido se situara en la extrema derecha». Tal sería uno de los graves errores esterilizantes, por cuanto que los falangistas se verían incitados a constituirse en freno de las apetencias y reivindicaciones de la izquierda. Un grupo de acción, más «misino» que mesiánico, encontraría muy presumibles apoyos y hasta muy interesadas ayudas en el panorama político que se adivina. Pero malograria, en su esencia, el pensamiento de José Antonio.

Un segundo riesgo consistiría, por el extremo contrario, en que la Falange deviniera en un partido conservador, conilunista, incapaz de enfrentarse con el tiempo nuevo con ánimo de adaptación, como decía su fundador. Una política basada en el mantenimiento de signos, en una repetición de la retórica, en una permanencia de personas, en un enquistamiento de la doctrina, alejaría a la Falange de toda atracción sobre las masas juveniles, y la distanciara de la ponderación y el análisis de los auténticos problemas claves y de las demandas de nuestro tiempo, que es lo que debe consistir su principal preocupación.

Señalemos, finalmente, el peligro, tan atractivo para los impetuosos y las ingenuidades juveniles, del entendimiento de la política como una exposición de posturas ardidamente revolucionarias e insolidarias. El infantilismo de la acción directa como estímulo, sería, a no dudar, otro camino que con

dujera a malograr las posibilidades futuras que la Falange aún guarda para España.

Resulta inevitablemente doloroso escribir sobre esto ahora, tantos años después de que una mente lúcida y apasionada por el servicio a la comunidad fuera sacrificada precisamente por defender una política nacional y social que no cayera en ninguna de las desviaciones que indicamos. Pero resulta, también y al tiempo, esperanzador. No cabe duda de que cualquiera que sea el porvenir que los tiempos guardan para la Falange, aún cuando la suerte pudiera arrebatarle de nuevo la ocasión de su eterno triunfo, habrá de resultar útil que demuestre a España y a la historia que no está su sitio ni en la extrema derecha, como partida de la porra que defiende otra vez intereses que le son ajenos, ni en el cómodo y triste juego de las nostalgias y las declamaciones históricas e idealistas, justificativas, posiblemente, de todo compromiso conservadorista, ni en la defensa absoluta y no discriminada de unos postulados, que, en muchas ocasiones, tuvieron carácter inmediato y transitorio y que pueden y deben ser sustituidos por otros, nunca convertidos en permanentes espejuelos de conquistas desfasadas o imposibles, para atracciones y utilización de «ardorosas ingenuidades».

Ciertamente que cada uno de los riesgos que hemos apuntado requeriría detenido análisis. Pero baste ahora con señalarlos, según el leal saber y entender de un español que no renuncia a creer que el porvenir de la falange está más que en su ayer en su mañana.

DEMETRIO CASTRO

VILLACAÑAS



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPCC. Biblioteca Universitaria, 2006